

MEDICINA Y ACTITUD POPULAR. LA EPIDEMIA DE 1821 EN BARCELONA

Juan José ROMERO MARTIN

En la actualidad la profesión médica y la misma disciplina médica gozan de un elevado prestigio y reconocimiento social. Sin embargo, el camino hacia éste no ha sido lineal ni progresivo, ha hecho falta más de un siglo para la consecución de este, y además, no hubiese sido posible sin el apoyo incondicional de las instituciones, entre ellas el Estado. La epidemia de 1821 en Barcelona, es un buen ejemplo de las dificultades que encontró la medicina positiva, y los profesionales de la misma.

La Barcelona de 1821 era una ciudad que prácticamente había acabado de recibir su primer ayuntamiento constitucional, el del Trienio. A pesar de ello, continuaba siendo en gran medida una ciudad de Antiguo Régimen, y en especial en lo que a conciencia popular se refiere. Por su parte la medicina positiva era heredera de la tradición racionalista cartesiana o, si se quiere, renacentista. Como tal disciplina racionalista su desarrollo fue posterior al del método científico elaborado por Galileo. Desde el siglo XVII esta concepción de la medicina se extendió por Europa de la mano de la burguesía urbana. Es por esta razón que el triunfo de la medicina positiva dependerá en gran medida del triunfo de esta burguesía urbana europea.

Por otro lado, la actitud popular se desarrollará a partir de tradiciones diversas, y no siempre emparentadas con el racionalismo. Dicha tradición no era necesariamente irracionalista, en el sentido filosófico del término, simplemente no era heredera del empirismo y/o experimentalismo renacentista. Thompson es quizá quien mejor ha retratado esta cultura popular. Para este autor los ejes fundamentales de lo que él ha denominado la Economía Moral de la Multitud (Moral Economy of the Crowd) eran el sentido de comunidad y el paternalismo. La comunidad aparece como el único referente válido para esta multitud, la nación no ha nacido todavía como integrador de masas. La comunidad es lo que el individuo percibe como cercano y real. Como todo grupo social, la comunidad tiene sus propias normas y funcionamiento. Siguiendo al citado Thompson, las clases populares se organizan en torno a este concepto de comunidad, en el cual la autoridad estatal e incluso eclesial es ajena, ni que decir tiene que la burguesía urbana también se hallaba fuera de esta comunidad, por ello no es de extrañar

que el "médico" fuese también una figura extraña. El otro referente aludido por Thompson es el paternalismo. El rey, puesto que se trata de sociedades del Antiguo Régimen, es el padre de la comunidad. Son muy conocidos los episodios de revuelta popular en los que las críticas van contra los malos gobernantes y nunca contra el "buen rey" cautivo de estos malos gobernantes. Sin embargo, de lo anterior no hay que deducir una ideología monárquica en las masas, simplemente que estas acudían al rey como protector, y cuando lo criticaban lo hacían de forma indirecta.

En definitiva, en la epidemia de Barcelona se va a poner en evidencia esta pugna el mundo positivista de la medicina y las tradiciones vitalistas populares.

La epidemia de 1821

Lo primero que hay que decir es que se trató de una epidemia de Fiebre Amarilla, sin embargo, esto no fue confirmado hasta algunos años después. Este detalle hay que tenerlo en cuenta ya que va a ser fuente de muchos problemas, y fundamental para comprender esa reticencia popular hacia los médicos y la medicina.

La epidemia comenzó a principios de agosto y terminó el 25 de noviembre cuando se realizó un Te Deum. El 4 de agosto se llevó a cabo la primera reunión de la Junta de Sanidad, institución de la que formaban parte el Ayuntamiento y un gabinete de médicos. El foco de la epidemia se localizó en el puerto -en naves extranjeras. En un principio la Junta de Sanidad calificó la enfermedad como cólera. Dicha enfermedad, y otras de carácter epidémico no eran extrañas en Barcelona en esa estación como manifiesta dicho informe y su preocupación por la escasa higiene que proporcionaba la Acequia Condal. A pesar de la "normalidad" de la enfermedad, el Ayuntamiento reclamó a todos los médicos disponibles presentándose unos veinte. Diez días después de haber sido detectado el primer enfermo la Academia Nacional de Medicina Práctica diagnosticó que se trataba de fiebre amarilla, sin embargo su diagnóstico no fue aceptado por todos los facultativos, y algunos de los que aceptaron el diagnóstico rechazaron que se tratase de una enfermedad contagiosa.

Fuese como fuese, la Junta de Sanidad optó por el aislamiento, primero del puerto, luego de la Barceloneta principal barrio afectado y en octubre fracasados todos los intentos de control epidemiológico se creó un cordón sanitario para toda Barcelona. Durante todo el período que duró la enfermedad hubo disensión constante entre los doctores, si bien la mayoría aceptó que se trataba de fiebre amarilla, muchos de ellos dudaban de su contagio a no ser de contactos con el foco originario.

Tanto las actuaciones del Ayuntamiento en la creación de un cordón sanitario como en el traslado forzoso de enfermos a Lazareto y la actuación dubitativa de los médicos provocaron desde el inicio del contagio protestas populares y no sólo populares.

"Desde este momento la chufleta y el sarcasmo aparecieron en los periódicos; ridiculizábanse las providencias sanitarias, y se daba pábulo a las más crasa ignorancia de algunos que llegaron a persuadirse de que los facultativos para sostener sus opiniones, mataban a los enfermos con veneno...!parece imposible que tamaña calumnia tuviese tanta acogida en los vecinos de la Barceloneta! Lo cierto es, que llegó a tanto la preocupación, que hubo acusaciones formales, creyendo los acusadores que hacían un señalado servicio a la patria... De aquí, el encono contra los médicos; de aquí, el apoyo de las ridículas anécdotas circuladas tal vez a propósito; de aquí, la oposición de los enfermos a tomar los medicamentos a que acaso hubieran debido la salud."

Como se puede observar no sólo era la multitud la que se lanzó a la crítica, la prensa liberal también aprovechó la coyuntura para hacer política. Sin embargo, si será la multitud la que tome una actitud más activa contra las disposiciones del Ayuntamiento y los propios médicos. La calumnia a la que el Ayuntamiento se refiere, el envenenamiento de los enfermos no parece nueva. John Stevenson, en su estudio sobre protestas populares en Inglaterra dedica un apartado a los "ladrones de cadáveres". Según este autor en la Inglaterra del XIX estas protestas tenían algo de razón debido al uso médico de los cadáveres de los pobres, es por ello que esta misma impopularidad de los estudios forenses pudiera ser extensible a nuestro país. La desconfianza popular hacia los facultativos fue en aumento:

"De aquí tuvieron origen las hablillas, las maldiciones, las amenazas contra el profesor Bahi: rompieronse a pedradas los cristales de sus balcones y ventanas, y el gobierno solo tuvo que enviar fuerza para disipar las reuniones, sino también para impedir que fuese atropellada su casa (...) Cayó en tanto enfermo D.Jaime Prats padre; la odiosidad de los Lazaretos iba aumentando por momentos; se insultaba a los médicos; se les llamaba autores de todas las desgracias, y la orden de transportar a Prats fue desatendida por dos o tres veces."

La desconfianza se ponía de manifiesto en la negativa a permitir el traslado de los enfermos a los lugares habilitados para los mismos.

"El horror de la traslación aunque fuese a la casa de la Virreina duraba todavía. Hubo enfermo que el día antes de su muerte salió de su cama, y recorrió las calles para que los vecinos no tuviesen noticia de su enfermedad; varias otras personas ocultaban su mal alarmadas con la presencia de la comisión de facultativos: esta misma dió parte el día 30 de que los enfermos manifestaban un terror pánico a su vista, negándose los mas a contestar sobre los que se les

preguntaba, y llegando otros al extremo de no dejarse pulsar, rehusando tomar todo medicamento”

En este fragmento se deja ver algo más. No sólo se trataba de oposición a los facultativos sino que en la actitud popular se atisbaba algo de miedo a los mismos. En definitiva, lo que evidencia esta actitud, tanto de temor como de oposición, es la desconfianza hacia las medidas de la autoridad como hacia la medicina positiva.

Pero el recelo popular se agravó con la manifiesta corrupción que se observó en el mantenimiento del cordón sanitario. La permeabilidad del cordón dependía de la riqueza del individuo que quisiera atravesarlo. Y definitivamente lo que provocó la ira popular fue el abandono de la ciudad por parte de las autoridades provinciales, sumado a la precaria situación económica creada por el bloqueo de la ciudad.

Así pues, la epidemia de fiebre amarilla, no sólo tuvo como consecuencia la muerte de miles de personas sino la agudización del conflicto entre la actitud popular y la medicina positiva. La ya tradicional desconfianza de la población ante los facultativos se vió en este caso agravada por la actitud dubitativa de los mismos al diagnosticar el enfermedad, la política de separación de los enfermos y su internamiento terminal en Lazaretos, y el poco solidario cordón sanitario practicado a la población. Todo ello hubiese significado una guerra contra la medicina positiva. De no haber sido por el decidido apoyo del Ayuntamiento en favor de los facultativos y su visión de la medicina, siempre suscrita por las autoridades superiores, la situación habría sido mucho mas delicada. Es por ello importante destacar esta relación entre Medicina Positiva y Estado Liberal, ambos hijos de una misma tradicion filosófica irán juntos en historia contemporanea. Es por ello también cuando aparezcan rebrotes de protesta popular contra el liberalismo también la medicina positiva y los médicos serán victima de esos ataques. De la misma manera, el progresivo afianzamiento del estado liberal en Europa ha llevado al afinazamiento también de la medicina positiva y la máxima expresión de ello ha sido la creación, en los llamados estados del "bienestar", de la Seguridad Social. Pero el estado liberal no realiza este esfuerzo en favor de una determinada concepción de la medicina de forma desinteresada sino que como nos recuerda Figlio el Estado también es beneficiario de la medicina positiva